

Gestos y palabras

de PABLO VI

en Bogotá

Que el XXXIXº Congreso Eucarístico Internacional ha sido un éxito ya nadie lo discute.

Y que el éxito del Congreso haya sido Pablo VI tampoco.

Antes de la llegada del Papa ya había comenzado el Congreso bajo la presidencia del Legado el Cardenal Lercaro. Las primeras jornadas resultaron bien pero estaban muy lejos de los momentos que nos tocarían vivir.

La víspera del Jueves 22, Bogotá era una ciudad en estado de vigilia, era una ciudad que esperaba. Los que la conocen por vivir en ella dicen que Bogotá no es fácil, que no se entrega, permanece como cobijada en un ambiente de cielo plomizo y de llovizna desapacible. Pero en esta ocasión cambió su rostro. Sonrió con cielos claros y vibró con emoción fuerte. A lo largo de los 22 km. que iba a recorrer la comitiva papal se dio cita desde muy temprano una impresionante muchedumbre y cuando la radio anunció que el "jet de Avianca" que traía al Papa estaba ya volando sobre tierra de Colombia las estrofas marciales y vibrantes del Himno Nacional puso en todos —aún en nosotros peregrinos extranjeros— una nota de intensa emoción. Se agitaron los pañuelos y se vitoreó al Papa, a la Iglesia, a Colombia.

A partir de este momento se empiezan a entremezclar gestos y palabras. Uno no sabe a ciencia cierta qué es más importante; algunas veces parecen serlo las palabras, otras los gestos.

Así por ejemplo, antes de haber dicho alguna palabra de saludo, Su Santidad, que acababa de descender del avión, se arrodilló, bendijo el suelo y lo besó, como si con aquella actitud quisiera repetir el gesto de Colón al pisar tierra americana y como si con este beso y este gesto quisiera besar no sólo a Colombia sino a toda América Latina, para expresarle su amor paternal y su deseo sincero de venir a servirla.

Las cámaras de T.V. y de los cientos de fotógrafos que estaban en El Dorado registraron esta

escena para la posteridad, pero más y mejor la registraron miles de corazones.

Luego vino la palabra; una palabra suave y firme a la vez, un dulce acento italiano y una voz que desde ese momento se nos hizo inconfundible: **"Un gozo íntimo y una trepidante emoción** —dijo el Papa respondiendo al saludo del Presidente Lleras Restrepo— **invaden nuestro ánimo al ver que la Divina Providencia nos ha reservado el privilegio de ser el primer Papa que llega a esta nobilísima tierra, a este cristiano continente, donde un día, arcano predestinado en los destinos salvíficos de Dios, comenzó a añadirse la altura de la Cruz sobre las cimas andinas, y en los viejos caminos de los chibchas, de los mayas, de los incas, aztecas, tupíes y guaraníes, empezó a dibujarse la silueta de Cristo.**"

Luego otra vez los gestos. Un recorrido lleno de ovaciones, gritos, pañuelos al aire, repique de campanas, vivas, papeles que caían desde los altos edificios y flores que eran arrojadas desde las aceras. Una multitud inmensa —hay quien la calcula en un millón— densa, fervorosa, enmarcaba el camino, representando en ese momento con su cantos, sus vivas y sus lágrimas la fe de toda la América Latina.

El Papa —parado en automóvil descubierto— no se cansaba de bendecir con amplio gesto hacia ambos lados. Se podía creer, al verlo radiante, que estaba sumergido en el clamor de la multitud, poseído del sentimiento de su paternidad universal.

Por la tarde, en el Templete Eucarístico, ordenó a 158 sacerdotes y diáconos de diversos países de América. Uno de ellos era argentino. Dirigiéndose a ellos Pablo VI dijo estas palabras:

"Nosotros —los sacerdotes— somos el amor que une a las gentes de este mundo. Somos su corazón. Somos su voz que adora y ruega, goza y llora. Nosotros somos su expiación. Somos los mensajeros de su esperanza.

Haz Señor que comprendamos. Tenemos que aprender a amar así a los hombres. Y también a servirlos así... No rehusamos jamás ser para ellos hermanos, amigos, consoladores, educadores y servidores. Seremos ricos con su pobreza y pobres en medio de sus riquezas. Seremos capaces de comprender sus angustias y transformarlas, no en cólera y en violencia, sino en la energía fuerte y pacífica de obras constructivas. Sabremos estimar que nuestro servicio sea silencioso, desinteresado y sincero en la constancia, en el amor y el sacrificio; confiados en que tu poder, Señor, lo hará un día, eficaz...".

Por la mañana del Viernes 23 el Papa desde muy temprano comenzó sus tareas. Estuvo en el palacio San Carlos con el Presidente de la República y las altas autoridades y luego —otra vez el gesto— se reunió con los servidores y empleados a quienes dijo: **"Deseo hacer el elogio de aquellos que sirven a la nación en el silencio. El porvenir de la comunidad depende sobre todo de estos elementos escondidos que formáis precisamente todos vosotros. Amad a vuestro país, Amadlo mucho, como se deben amar las cosas queridas; con perseverancia, con solidaridad, con espíritu de sacrificio..."**

De allí a la gran cita. Al campo de San José de Mosquera donde le aguardaban más de 200.000 campesinos. Era la reunión de cerca, con los humildes, los desposeídos, los desheredados, los pobres. Miles de personas habían pasado la noche, fría a causa de la altura, en el campo, durmiendo en el suelo o habían emprendido el camino para el encuentro con el Padre desde las cuatro y las cinco de la mañana. Era un espectáculo inolvidable verlos llegar desde lejos con sus banderas y su carteles. Parecían ejércitos, pero no invasores —pensábamos en Checoslovaquia— sino ejércitos de paz y de hermandad. Mientras se aguardaba la llegada del helicóptero que desde Bogotá transportaba al Pontífice, se iban oficiando Misas en rústicos altares colocados bajo el cielo, de espalda a los Andes y frente a la multitud. El recorrido del jeep abierto en el que de pie, viajaba el Papa se extendía 4 km. Los campesinos gritaban, reían, cantaban, muchos de ellos caían de rodillas. Pablo VI pidió varias veces que el recorrido fuese más lento para poder corresponder así mejor a tanta fe, tanto cariño, tanta humildad. Y otra vez la palabra: **"No hemos venido para recibir vuestras filiales aclamaciones, siempre gratas y conmovedoras, sino para honrar al Señor en vuestras personas, para inclinarnos por tanto ante ellas y para deciros que aquel amor, exigido tres veces por Cristo resucitado a Pedro, de quien somos el humilde y el último sucesor lo rendimos a El en vosotros, en vosotros mismos. Os amamos. Conocemos las condiciones de vuestra existencia, condiciones de miseria para muchos de vosotros, a veces inferiores a la exigencia normal de la vida humana... Oímos vuestro grito, el grito que sube de vuestro sufrimiento y de la mayor parte de la humani-**

dad. Queremos ser solidarios con vuestra buena causa, que es la del pueblo humilde, la de la gente pobre... Seguiremos defendiendo vuestra causa. Continuaremos proclamando vuestra dignidad humana y cristiana. Vuestra persona es sagrada... Seguiremos denunciando las injustas desigualdades económicas entre ricos y pobres, los abusos autoritarios y administrativos. Igualmente seguiremos patrocinando la causa de los países necesitados de ayuda fraterna para que otros pueblos, dotados de mayores y no siempre bien empleadas riquezas quieran ser generosos... Permitidme finalmente que os exhortemos a no poner vuestra confianza en la violencia ni en la revolución; tal actitud es contraria al espíritu cristiano y puede también retardar y no favorecer la elevación social a la cual aspiráis legítimamente..."

LA VIOLENCIA: NO

Terminado el encuentro con las parejas de matrimonios campesinos de toda la América Latina —la Argentina estaba representada por una pareja venida de Rafaela (Prov. de Santa Fe) y le tocó ser la primera en acercarse hasta el Papa pues la colocación era por orden alfabético, también nuestra bandera era la primera junto al Papa lo que no dejó de emocionarnos— Pablo VI se reunió con los periodistas en la sala de transmisión de Radio Sutatenza. Para el que esto escribe fue un momento inolvidable. Estuvo tan cerca del Papa que con sólo extender su brazo lo hubiese tocado. Las palabras dichas a los hombres de prensa rubricaron el gesto de amistad y de benevolencia del Papa. Fue esta la única audiencia en que el Pontífice estuvo a solas con nosotros, sin guardias, ni escolta, ni prelados, El y nosotros: **"Señores de la prensa, radio y televisión. En estos días estáis aproximando a Bogotá a las más apartadas regiones del mundo y facilitando con vuestra tarea el que muchos sigan de cerca las vivencias de estos días. ¿Cómo no agradeceremos este fiel y precioso servicio? Bien sabéis el respeto y la estima que vuestra vocación profesional nos merece".** Grabadores, cámaras, micrófonos envolvían la figura del Papa que nos hablaba sentado en un pequeño sillón de cuero. La voz se hacía particularmente cálida y afectuosa. Los consejos eran breves y acertados y servían por encima de cualquier postura religiosa o ideológica. **"Es cierto que muchas veces os véis obligados a referir sucesos dolorosos que entristecen o apasionan a la opinión pública. Pero también es cierto que frecuentemente lo bueno, lo bello, los valores profundos pasan inobservados. Presentádoslos vosotros y describidlos con palabras que dejen la impresión real de que, por fortuna, no faltan ejemplos que inspiran serenidad, confianza y estímulo a su imitación. La paz, las virtudes, los heroismos callados, también tienen su historia; sed vosotros sus cronistas exactos y alentadores..."**

Otra vez, por la tarde, en el Templete, la palabra se dejó oír de manera clara y decisiva: **"Haced del amor a Cristo el principio de renovación moral y de regeneración social de esta América Latina... El amor es el principio, la fuerza, el método secreto para lograrlo. El amor es la causa por la cual vale la pena actuar y luchar... Muchos especialmente los jóvenes, insisten en la necesidad de cambiar urgentemente las estructuras sociales que, según ellos, no consentirían la consecución de unas efectivas condiciones de justicia para los individuos y las comunidades; y algunos concluyen que el problema esencial de América Latina no puede ser resuelto sino con la violencia. Con la misma lealtad con la cual reconocemos que esas teorías y prácticas encuentran frecuentemente su motivación última en nobles impulsos de justicia y de solidaridad debemos decir y reafirmar que la violencia no es evangélica, ni cristiana, no conforme ciertamente a la dignidad del pueblo la cual reclama que las transformaciones necesarias se realicen desde adentro, es decir, mediante una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y esa efectiva participación de todos que la ignorancia y las condiciones de vida, a veces infrahumanas, impiden hoy que sea asegurada".**

Sobre la inmensa multitud congregada en el campo eucarístico iban cayendo las palabras del Papa. Ya se habían encendido las luces, eso también era un símbolo... **"Por tanto, a nuestro modo de ver, la llave para resolver el problema fundamental de América Latina, la ofrece un doble esfuerzo simultáneo, armónico y recíprocamente benéfico. Proceder sí, a una reforma de las estructuras sociales, pero que sea gradual y por todos asimilable y que se realice contemporánea y unánimemente y diríamos como una exigencia de la labor vasta y paciente encaminada a favorecer la elevación de la manera de ser de los hombres de la gran mayoría de quienes hoy viven en América Latina. Ayudar a cada uno a tener plena conciencia de su propia dignidad, a desarrollar su propia personalidad dentro de la comunidad de la que es miembro, a ser sujeto consciente de sus derechos y de sus obligaciones, a ser libremente un elemento válido de progreso económico, cívico y moral en la sociedad a la que pertenece...."**

Por la noche en la nunciatura, Pablo VI^o recibía al Cuerpo Diplomático y a los observadores de las demás Iglesias Cristianas. También para ellos hubo una palabra cálida y cordial: **"La vuelta de todos a la unidad no será nunca el resultado de un compromiso humano o de una tentativa que sirva para estrechar entre nosotros los lazos sociales exclusivamente. Será realizada por el Espíritu que nos inspira una fidelidad total a Cristo Jesús, a su persona y a la revelación que, en El, se nos ha dado..."**

El Sábado 24, un gesto, igual al del encuentro de los campesinos, un gesto de esos que marcó el primer Congreso Eucarístico Internacional des-

pués del Concilio Vaticano II^o. Otra vez el Papa iba al encuentro de los más pobres, de los más humildes. Venecia es un barrio obrero llamado así por cierta ironía pues en un tiempo estaba rodeado de aguas estancadas —es del tipo de nuestra Isla Maciel— Pablo VI^o quiso allí celebrar la Santa Misa, dar la primera comunión a un grupo de niños, visitar enfermos, desayunar en una casita del barrio, visitar otra familia y desde allí bendecir al barrio, todo esto bajo los ojos asombrados y el entusiasmo de más de 300.000 personas que se habían congregado. Fue la manifestación más espontánea y tumultuosa dentro de Bogotá (San José, lugar de los campesinos, queda a unos 35 km.), también la más accidentada, los desmayos pasaron de 300. Hace años escribía Bernanos —con su eficaz y acerada ironía— que, aunque Cristo enseñó que los pobres eran los primeros en su Reino, jamás se vería a un guardia suizo "empenachado como una carroza fúnebre" acercarse a un pordiosero para conducirlo a su verdadero puesto en la Iglesia: los sillones de primera fila. No sé qué diría hoy Bernanos, de vivir, al ver, no a un guardia suizo, sino al mismo Vicario de Cristo ir hacia los pobres. Es que serlo no es ninguna deshonra. Ellos tienen, en cristiano una "eminente dignidad" ya que la presencia de Cristo se hace en ellos más intensa y transparente. Allí ante esa multitud que lo rodeaba Pablo VI^o pronunció una de sus más bellas frases: **"¿Y quién soy yo? Bien lo sabéis: soy, como vosotros, un hombre, un hombre modesto y necesitado, necesitado de la misericordia de Dios y de vuestras oraciones... Soy el Papa que quiere decir Padre, padre de todos. Por eso llego a vosotros en el nombre del Señor y querría que vosotros al mirarme, pensaseis no en mi humilde persona sino en El, en Jesús, presente en mi ministerio... ¿Me siento feliz entre vosotros? Sí, y ¿por qué? Porque también Jesús, si estuviese aquí personal y visiblemente, como lo estaba durante su vida temporal del Evangelio, se sentiría feliz. El amaba a los niños, El amaba a la gente sencilla y pobre, El amaba a quienes lo escuchaban. Vosotros, hijos queridísimos sois los preferidos del Señor y por tanto los preferidos míos, del Papa, el cual tiene el gozo de hallarse entre vosotros, de conocerlos, de consolarlos, de bendeciros..."**

A la explosión popular de Venecia sigue el gesto del Pastor y en la Catedral Primada de Bogotá ante centenares de Obispos de toda América Latina el que es Pastor de Pastores pronunció su discurso principal, el más extenso e importante de estos días, trazando normas con una base teológica a la vez firme y sencilla. Es un documento que merece ser leído, estudiado y meditado a fondo. Tan sólo transcribiré el párrafo dedicado a la encíclica "Humane vitae" que fue el más aplaudido por la venerable asamblea y el más destacado y comentado por la prensa internacional: **"Hemos tenido que decir una buena palabra, aunque grave, en defensa de la hones-**

tividad del amor y de la dignidad de la familia con nuestra reciente Encíclica. La gran mayoría de la Iglesia la ha recibido favorablemente, con obediencia confiada, aun comprendiendo que la norma por Nos reafirmada comporta un fuerte sentido moral y un valiente espíritu de sacrificio. Dios bendecirá esta digna actitud cristiana. Esta no constituye una ciega carrera hacia la superpoblación, ni disminuye la responsabilidad ni la libertad de los cónyuges, a quienes no prohíbe una honesta y razonable limitación de la natalidad, ni impide las terapéuticas legítimas ni el progreso de las investigaciones científicas. Esta actitud es una educación ética y espiritual, coherente y profunda; excluye el uso de aquellos medios que profanan las relaciones conyugales y que intentan resolver los grandes problemas de la población con expedientes excesivamente fáciles; esa actitud es en el fondo, una apología de la vida que es don de Dios, gloria de la familia, fuerza del pueblo ...".

A estas palabras habría que añadir el agradecimiento a la ciudad, las que dijo a las religiosas y a los enfermos, las de la inauguración de la nueva sede del CELAM, costada por los católicos alemanes, donde funcionará dicho Consejo Episcopal Latinoamericano.

En el Templete eucarístico, por la tarde, al bendecir el matrimonio de 25 parejas seleccionadas entre todas las clases sociales unió la santidad del matrimonio cristiano a la devoción a la Virgen Nuestra Señora: "¿Recordáis aquella página evangélica, cuando el Señor obra en Caná, en un banquete de bodas, su primer milagro a instancias de su Madre? Esa narración refleja la sensibilidad y la comprensión de la Virgen ante las dificultades humanas y la voluntad de Jesús de escuchar las súplicas de María ...".

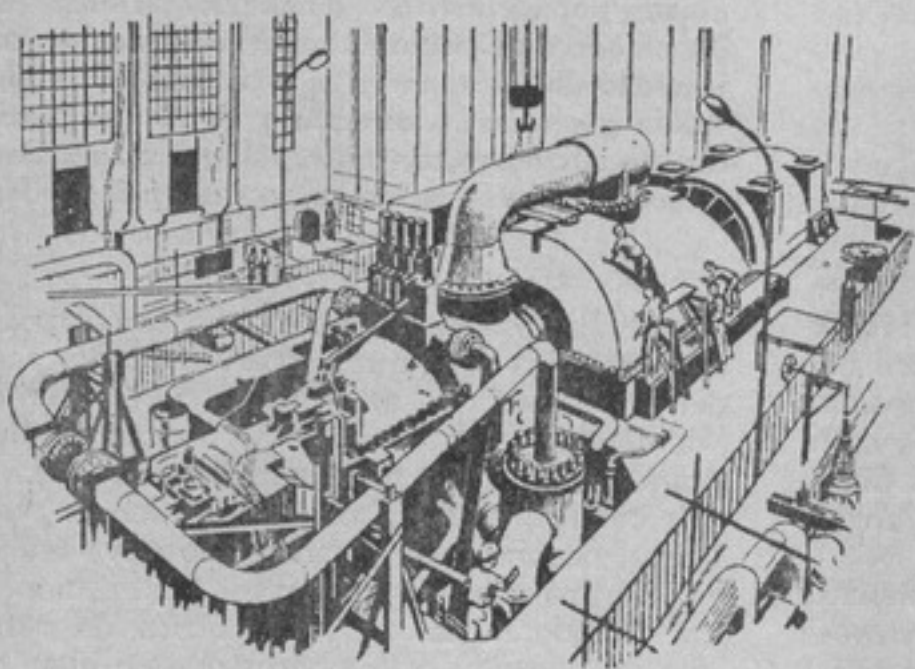
Por último en el aeropuerto de El Dorado, cuando las sombras invadían Bogotá y daban a la escena un tinte de melancólica tristeza, la despedida, la última bendición, el último gesto de los brazos abiertos como queriendo estrecharnos a todos y también las últimas palabras: "No te decimos adiós, Colombia, porque te llevamos más que nunca en el corazón, de donde Nos brota la bendición que te impartimos y extendemos a todos los pueblos de América Latina, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Gesto y palabras de Pablo VI^o.

Gestos y palabras del que ha sido llamado "dulce Cristo en la tierra".

Semillas de bendición, de esperanza y de paz...

José Antonio Sojo S. J.



SEGBA invertirá en su plan de obras 1968/1969 la suma de 47.500 millones de pesos.

El noventa por ciento de las compras de materiales para dichas obras, será provisto por la industria nacional.



SERVICIOS ELECTRICOS DEL GRAN BUENOS AIRES S. A.